

VI

El cuerpo, después de todo

(o uranista, por las dudas)

Una lectura de Después de lo trans*, de Elizabeth Duval (VI): el capítulo final y el epílogo*

Dr. Fabián Coitinho

1. Derecho a réplica

Elizabeth Duval cierra *Después de lo trans: sexo y género entre la izquierda y lo identitario* (2021) con un saludo a sus interlocutoras. Les avisa que fue dura, incluso severa, y les recuerda con Hannah Arendt que pensar es pensar críticamente y que pensar críticamente es ser hostil. Después les pide algo que casi nadie pide en este debate: que consideren meritoria su parte de la discusión y ejerzan su derecho a réplica.[1] Esta es la sexta y última entrega de una lectura capítulo por capítulo de ese libro, y es, entre otras cosas, la aceptación de esa invitación.

Primero lo que corresponde. Duval es una filósofa brillante. Parte de premisas que en buena medida comparto, como que nadie elige su identidad o que la percepción organiza la violencia, y llega a conclusiones diametralmente opuestas a las mías; por eso mismo vale la pena leerla. Cuando algo le parece mal planteado lo dice, aunque venga de su propio campo, y no tiene ese purismo del activismo que no admite nada. Seguramente ayuda que nunca aceptó la etiqueta de activista: «¡Cómo voy a ser yo activista si no hago nada!».[2] Desde un marco liberal como el mío, encontrar a alguien que escribe desde su lugar conceptual y abre la discusión en vez de cerrarla es señal de que el pensamiento libre todavía tiene dónde respirar. Su epílogo lo dice en clave política: una izquierda punitivista no tendrá defensa el día que gobiernen los que siempre quisieron castigar.[3]

No todas las autoras conceden eso. Talia Mae Bettcher, otra filósofa trans rigurosa a la que hay que leer con cuidado para poder discutirla, avisa en *Beyond Personhood* que su trabajo se dirige a personas trans, no binarias y amigas, y que no cree en gastar saliva con transfóbicos.[4] Duval, en cambio, le escribe también a quien la va a contradecir. Lamento que reniegue de la exposición que la volvió cara de un movimiento (se cansó, dice, del Twitter activista, y no tiene ningún interés en repetir aquella ola mediática)[5], porque hacen falta interlocutoras con las que se pueda disentir sin dejar de conversar. La misma exigencia vale para el otro lado. Comparto muchas conclusiones del feminismo crítico del género y discrepo con el método y el tono de buena parte de sus filósofas. Nadie queda marcado para siempre por un dicho desafortunado, como si cargara un pecado original sin bautismo que lo lave, y Duval escribe como quien sabe eso.

Una confesión antes de las objeciones: leer cómo hace picadillo a Paul B. Preciado en su quinto capítulo me produjo un placer que en otro contexto habría que llamar orgásmico.[6] Lo que sigue son desacuerdos filosóficos, ninguno personal.

2. El reflujo visto desde adentro

El último capítulo abre con un balance. En 2015 lo trans tuvo en España una exposición mediática sin precedentes, centrada en los menores y sus familias, y Duval, adolescente, fue una de sus caras. Cinco años después constata un reflujo y se pregunta por qué el movimiento retrocede si los avances institucionales son tan tangibles. Su respuesta es organizativa. Se acabaron las figuras mediáticas, faltan asociaciones sólidas y articular a mujeres trans, hombres trans y personas no binarias, con sus diferencias de clase y de generación, le parece «prácticamente imposible».[7] Agrega que las movilizaciones nunca las condujeron mayoritariamente personas trans, sino asambleas transfeministas herederas de la teoría queer: una «divertidísima geometría variable».[8] Y concluye: «el colectivo trans no existe».[9]

Comparto el diagnóstico y le sumo una causa que se ve mejor desde adentro de la diversidad. El movimiento LGBT se volvió dogmático, y cuando dejó de ser LGBT para sumar letras sin fin se convirtió en un «vengan todos los que se sientan oprimidos». Algo se rompió, y se lo quiso pegar con Poxirrán. Si una persona que en teoría pertenece a la comunidad no se siente contenida en ella, algo está pasando, y cuando digo una persona hablo de mí. La redefinición de lo que significa ser gay o lesbiana produce en muchos de nosotros una sensación de borrado, y como en general somos hombres y blancos, la queja se despacha como la de otro machito patriarcal que pierde privilegios.

Gay quería decir hombre atraído sexualmente por hombres. El uso militante lo fue corriendo de «mismo sexo» a «mismo género», y con ese corrimiento la palabra dejó de nombrar mi experiencia. No me atrae una corporalidad femenina por más barba y músculo que tenga, y sostener que un gay puede desear a alguien con vagina, o una lesbiana a alguien con pene, contradice lo más elemental de lo que esas palabras nombraban. Sobre esto Duval me da la razón por adelantado: en su segundo capítulo escribe que es inútil pedirles a las lesbianas que deconstruyan su rechazo a los penes.[10] Lo que concede para ellas vale para nosotros.

Por eso, como provocación política y en nombre del respeto irrestricto a la autopercepción, anuncio mi nueva identidad: soy uranista. El término lo acuñó Karl Heinrich Ulrichs en 1864, y su fórmula era *anima muliebris virili corpore inclusa*, un alma de mujer encerrada en un cuerpo de varón.[11] Sé perfectamente lo que significaba, y es exactamente el «neoplatonismo de género» que Duval denuncia en su primer capítulo y vuelve a denunciar en este.[12] Ya que el movimiento queer me desespecificó la categoría, tomo una pieza de su prehistoria y me la quedo. Nadie me la puede discutir sin discutir la autopercepción, y no pienso dejar que nadie me la colonice. Si me preguntan mi orientación sexual, respondo uranista.

3. Las infancias que se llevó la marea

Duval califica de «cortoplacista y estéril»[13] la estrategia de centrar el movimiento en los menores y sus familias. Una vez conseguidas las reformas, todo se desactivó, y quedaron sin estructura las generaciones de mujeres trans empujadas a la calle y a la prostitución. Tiene razón. Desde la medicina agrego que la estrategia fue además equivocada, por un motivo que ella no menciona: la especificidad de los niños que tenían disforia de verdad se disolvió en la marea de autoidentificaciones infantiles.

Los criterios del DSM-5 para la disforia de género en la infancia ya incluían marcadores estereotipados, como preferir la ropa, los juguetes o los compañeros de juego del otro sexo. Pero exigían como condición obligatoria un deseo intenso de ser del otro sexo, o la insistencia en serlo, sostenido durante al menos seis meses.[14] Cuando la transición social pasa a depender de la declaración y de la lectura que hacen los adultos, esa condición se afloja y los estereotipos quedan trabajando solos. La literatura clínica anterior registraba, además, que buena parte de los niños con disforia que no persistían llegaban a adultos homosexuales.[15] La marea arrastra a los niños trans y también a los futuros gays y lesbianas, que antes eran simplemente chicos que no encajaban.

El riesgo es doble. Los niños con disforia real quedan subsumidos en una población mucho más amplia, y la reacción contra esa población amenaza con llevarse puesta la atención sanitaria específica que ellos necesitan. Duval escribió en 2020. Cuatro años después, la revisión independiente de los ser-

vicios ingleses de identidad de género para menores, el informe Cass, documentó la debilidad de la evidencia que sostenía buena parte de esas intervenciones.[16] El costo de haber diluido la categoría lo van a pagar quienes la necesitaban.

4. Los códigos se aflojan y se vuelven a apretar

La tesis social del capítulo es que la proliferación de subjetividades trans expresa un aflojamiento de los códigos del género, que se desligan «de ciertas nociones de genitalidad».[17] Lo que pasó con la infancia muestra la otra mitad del fenómeno: los códigos se aflojaron en un lugar y se volvieron a apretar en otro. El feminismo y el viejo movimiento gay pasaron décadas desarmando roles y estereotipos para que un varón pudiera jugar con muñecas sin que eso dijera nada sobre lo que era. Hoy esos mismos estereotipos regresan como indicio de que ahí podría haber una persona trans. El código se desató de la genitalidad para atarse de nuevo a la ropa y a los juguetes, y para quienes peleamos por la no conformidad de género eso es un retroceso.

5. Dos pacientes en la sala de espera

En el centro del capítulo hay un experimento mental. Dos personas idénticas en apariencia y en cómo se las percibe, que solo difieren en sus genitales: ¿hay que distinguirlas con las etiquetas «trans» y «cis»? Si así fuera, responde Duval, admitamos la hipocresía: estaríamos hablando de lo que alguien tiene entre las piernas y, en consecuencia, juzgándolo «anormal, perverso o monstruoso».[18] Y remata con otra pregunta: si dos cuerpos se perciben exactamente igual, ¿qué justifica darles dos etiquetas según una genitalidad o unos cromosomas que el observador solo imagina?[19] La pregunta merece respuesta, y se la doy con todo el respeto.

Para empezar, la premisa describe una percepción a distancia, y el propio libro muestra que la percepción se corrige. La lesbiana del segundo capítulo pierde el deseo al descubrir un pene donde su esquema suponía una vulva. Y Duval escribe que el pasado de un cuerpo se lee en la intimidad, «en el braille que encontramos en la piel del otro».[20] Dos cuerpos idénticos a la vista no son idénticos, y el libro lo prueba por su cuenta.

Después está la sala de espera. Soy médico, y dos pacientes idénticos sentados uno al lado del otro no reciben la misma atención: a uno le corresponde el control de próstata y a la otra el Papanicolaou. La clínica no clasifica por la apariencia, porque lo que se enferma es el cuerpo. Ahí está la justificación que Duval pide para distinguir por la genitalidad, y no contiene ningún juicio moral. Distinguir al caballito de mar de la yegua no condena a ninguno de los dos. El salto de «distinguimos» a «juzgamos monstruoso» lo da ella, y al darlo moraliza los genitales que acusa a los demás de moralizar.

Queda la etiqueta. Su experimento necesita dos, «trans» y «cis», y yo uso una sola. El término «cis» no lo uso y lo rechazo de manera explícita: no agrega ninguna precisión sobre las personas que no son trans y presupone justamente lo que acá se discute, que hay una identidad y un sexo que coinciden, como si hiciera falta nombrar la coincidencia de una cosa consigo misma. A una de las dos personas del experimento la llamo mujer. A la otra, mujer trans, y sé que ese adjetivo nombra un tránsito real, el mismo que Duval pone en el centro de su tesis.

6. El movimiento y la decisión política

La tesis final del libro la acepto: lo trans no constituye una categoría de identificación ni una posición dentro del sistema del género, y funciona como «el significante de un movimiento dentro de ese mismo sistema y para con el sistema».[21] Acepto también las razones por las que, según Duval, se es trans en presente. Se lo es porque se está en un tránsito no terminado, porque el tránsito no se puede ocultar o por la decisión política de reivindicarse trans aunque se pudiera pasar inadvertida. Esta última razón es el problema mayor, y conviene decir por qué.

Las otras dos razones están atadas a un cuerpo que cambia o que no puede disimular el cambio. La decisión política despega la categoría de toda incongruencia y de todo cambio, y entonces cualquiera puede entrar. Por esa puerta pasa el tipo de barba y pecho peludo que no modificó nada y se declara mujer trans. No lo acepto, y me parece una falta de respeto hacia las mujeres trans que conocí cuando andaba con las travestis para arriba y para abajo, que pagaron con el cuerpo lo que él se ahorra con una frase. Duval sí lo acepta, pero le pone el nombre exacto. En el capítulo anterior concede que no haga falta ningún cambio de comportamiento ni de aspecto («¿y por qué no lo compraríamos?») y saca la consecuencia: lo trans pasaría a ser «una realidad meramente enunciativa, que no pasa a ser si no es a través de un acto de habla».[22] Lo que ella describe con serenidad es lo que yo rechazo, una categoría que existe mientras se la pronuncia.

Lo no binario nace, según Duval, de esa misma decisión política, y ella le marca el límite con precisión. Una persona no binaria solo puede ser leída como tal si lo dice, y aun entonces lo que obtiene es una corrección de la primera percepción, sin alterar el esquema sexual que el otro presupone.[23] Lo que hay ahí es un predicado puesto sobre un cuerpo que ya fue percibido, y el asunto merece un ensayo aparte.

7. El derecho a pasar

Duval lee el deseo de pasar inadvertida como un producto. Las democracias liberales, dice, quieren ciudadanos conformes a la norma del género y de la belleza. Por eso insisten en transicionar cuanto antes, para que no se noten las huellas de la pubertad masculina, y usan a los cuerpos trans no conformes como propaganda, para que el resto se sienta en consonancia con su género y no encuentre motivo para rebelarse. Muchas personas trans, constata, quieren que lo trans quede como un «haber sido».[24]

Que lo quieran me parece razón suficiente para respetarlo. Si alguien desea asimilarse y vivir sin que su historia lo marque en cada mostrador, nadie tiene derecho a cooptar ese deseo para una causa. Y si sus estándares de belleza son los de su época, no se le puede exigir que los cambie por su cuenta. Esos estándares pertenecen a la masa entera, a la *massa damnata*, como llamaba San Agustín de Hipona a la humanidad caída que somos todos juntos.[25] La masa cambia, pero en tiempos que no son los de una vida, y lo que cambia lento no se fuerza.

Hay además una razón fenomenológica. Lo predicativo se puede intentar modificar, sea un nombre o un documento. A veces funciona y a veces falla, y falla porque debajo hay una vivencia antepredicativa que se resiste: la del cuerpo que se presenta frente a mí antes de que yo diga nada sobre él. Eso no se desestima con un discurso. En su epílogo, Duval prefiere pensar el capitalismo como un metabolismo antes que como una intención,[26] y con esa misma herramienta se puede leer la asimilación.

Las democracias liberales no conspiran para fabricar ciudadanos conformes; la gente quiere vivir tranquila y la masa tarda en cambiar. Respetar ese deseo no modifica nada de lo que sostengo sobre el sexo. Es la cortesía, defendida como un derecho del otro.

8. Lo que queda

Duval no quiere invalidar a Judith Butler ni a Preciado, que hicieron de lo no binario la promesa de un futuro sin género.[27] Yo sí quiero, en cada ocasión que haya, y lo que invalido son sus teorías, no sus personas. A Preciado, además, ni siquiera lo considero un pensador. Es un artista, y Duval me da la clave: en su quinto capítulo propone leer el *Manifiesto contrasexual* «como una obra estética queer».[28] Acepto la propuesta y le cobro la consecuencia. Si es obra estética, que la juzgue la crítica de arte y no la teoría política. El arte y la filosofía pueden convivir, siempre que ninguna se haga pasar por la otra, porque las disciplinas no transicionan.

Para una política posible queda separar a quienes se oponen. Los sectores religiosos con prejuicios reales, sean cristianos o musulmanes, son una cosa; la ultraderecha es otra. Las feministas críticas del género son una tercera, y con ellas todavía es posible un reencuentro si dejamos de querer colonizar la opinión y la expresión de los demás. Duval las agrupa a todas bajo «transexcluyentes»; yo no. Hoy cada sector es el muñeco de paja del otro, y cuando a la paja se le echa fuego lo único que se consigue es que arda, y que el incendio crezca.

Y queda contestar la pregunta con que Duval cierra su capítulo: «¿Y qué nos quedará, después de lo trans, a quienes una vez lo fuimos y ya no quisimos nunca más serlo?».[29] Ella escribe que veremos el fin de la civilización humana antes que el fin del género, y que el género nunca será una lengua muerta.[30] Estoy de acuerdo, y creo saber por qué. A lo largo del libro Duval descartó la voluntad y mostró que la mirada se equivoca, hasta concluir que lo trans es un modificador adjetival y nunca un ente en sí mismo. Pero un adjetivo necesita un sustantivo, y el sustantivo estuvo todo el tiempo ahí, en el braille de la piel y en la «incapacidad gestante» que ella nombra cuando busca lo que comparte con otras mujeres trans.[31] En su segundo capítulo escribió que «el cuerpo es lo que es objetivo»;[32] le faltó llamarlo sexo. Después de lo trans, y después de todo, queda el cuerpo. Y yo, por las dudas, uranista.

Notas

1. Elizabeth Duval, *Después de lo trans: sexo y género entre la izquierda y lo identitario*, La Caja Books, 2021 (edición digital, ISBN 978-84-17496-50-0), «Agradecimientos», donde cita a Hannah Arendt. La edición digital no tiene paginación fija: cito por capítulo y apartado, y las notas al margen de la autora por su letra.
2. Duval, «Prolegómenos».
3. Duval, «Epílogo: una propuesta político-moral».
4. Talia Mae Bettcher, *Beyond Personhood: An Essay in Trans Philosophy*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2025, cap. «Getting "Real"», p. 12.
5. Duval, «Prolegómenos» y cap. 7, apartado «Los flujos de lo trans».
6. Duval, cap. 5, «Nadie sabe lo que puede un ano emancipador: disputaciones con Paul B. Preciado».
7. Duval, cap. 7, apartado «Los flujos de lo trans».
8. Ibid.
9. Ibid.
10. Duval, cap. 2, «La percepción en la violencia y el deseo».
11. Karl Heinrich Ulrichs, «Inclusa» (1864), en *Forschungen über das Räthsel der mannmännlichen Liebe*.

12. Duval, cap. 1, «Breve historia de lo trans», y cap. 7, apartado «Los flujos de lo trans».
13. Duval, cap. 7, apartado «Los flujos de lo trans», y nota [u] al cap. 7.
14. American Psychiatric Association, *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*, 5.ª ed. (DSM-5), Washington D. C., 2013, «Gender Dysphoria in Children».
15. Madeleine S. C. Wallien y Peggy T. Cohen-Kettenis, «Psychosexual outcome of gender-dysphoric children», *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 47 (12), 2008, pp. 1413-1423.
16. Hilary Cass, *Independent Review of Gender Identity Services for Children and Young People: Final Report*, Londres, abril de 2024.
17. Duval, cap. 7, «Después de lo trans».
18. Ibid.
19. Ibid.
20. Duval, cap. 5, «De la legitimidad de las zonas temporalmente autónomas en Urano».
21. Duval, cap. 7, «Después de lo trans».
22. Duval, cap. 6, «Escenas de guerra partidista».
23. Duval, cap. 7, «Después de lo trans».
24. Ibid.
25. San Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios*, XXI, 12.
26. Duval, «Epílogo: una propuesta político-moral».
27. Duval, cap. 7, «Después de lo trans».
28. Duval, cap. 5, «Manifiesto contra el *Manifiesto contrasexual*».
29. Duval, cap. 7, «Después de lo trans».
30. Ibid.
31. Duval, cap. 4, «Teología trans: el evangelio de la Veneno según Valeria Vegas (y los Javis)», fragmento 6.
32. Duval, cap. 2, «El género como sistema y el género como proceso».